

# TRILOGÍA MÁGICA

JUAN PERUCHO

# TRILOGÍA MÁGICA



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición en Edhasa Literaria: marzo de 2004

© Juan Perucho  
«Este libro ha sido publicado por mediación  
de Ute Körner Lilerary Agent, S.L., Barcelona»  
© Edhasa, 2004  
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)  
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 84-350-0931-9  
Depósito legal: B-4.631-2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Hurope, S. L.  
Recaredo, 4. 08005 Barcelona  
sobre papel offset crudo de Leizarán

Impreso en España

## NOTA DEL EDITOR

Con la publicación en un solo volumen de los tres libros que componen la *Trilogía mágica* se cumple una voluntad expresada por el propio autor en el prólogo a *Historias secretas de balnearios*. Es difícil precisar si la concepción de esta obra como un único volumen fue previa a su inicio o bien surgió durante el proceso de escritura de los textos que la componen. Sin embargo, y de ahí la pertinencia de su publicación en un solo volumen, al contemplarlos en conjunto se advierte no sólo el estrecho parentesco entre *Botánica oculta o el falso Paracelso*, *Historias secretas de balnearios* y *Bestiario fantástico* —que también mantienen con *Las historias naturales*, por ejemplo—, sino su férrea trabazón y el carácter unitario de esta trilogía. Estamos, pues, ante la publicación póstuma de un libro de Juan Perucho (1924-2003) tal como él lo concibió, con los prólogos que escribieran en su momento Martín de Riquer y Carlos Pujol, a las *Historias secretas* y al *Bestiario*, respectivamente, así como las ilustraciones originales.

**BOTÁNICA OCULTA  
O EL FALSO PARACELSO**

## PRÓLOGO

El mundo de las plantas mágicas es un mundo fascinante, extraño y antirrealista. Con ellas podemos curar evidentemente un mal de piedra o una diarrea galopante, deshauciados ya por la ciencia; pero también podemos volar por los aires con la Veloz o cocinar divinamente con la ayuda y la práctica de un misterioso Ch'i. Deberíamos, sin embargo, guardarnos de algunas plantas diabólicas que pueden abrir puertas y ventanas y penetrar silenciosamente en las alcobas.

Con ello queda dicho que existen dos clases de plantas mágicas. Las que lo son por sus propiedades y las que lo son por sí mismas, por su naturaleza inverosímil. Estas últimas son las que más repugnan a los racionalistas y tienen la virtud de sacarles fuera de quicio. Nosotros hemos hecho relación de unas y otras, dedicando la primera parte del libro a las más importantes. Luego, en un largo apéndice, informamos sucintamente de las demás sin pretender agotar, ni mucho menos, el tema.

Finalmente, este libro constituye un homenaje a los magos que atesoran el saber antiguo y, de entre ellos, de manera muy principal, a Paracelso, padre de la Botánica oculta, y sin cuyas enseñanzas este libro jamás hubiese podido ser escrito.

## EL IMPERIO, LOS MAGOS Y LA STRIGILES

Cuando Juliano el Apóstata arrojó de su rostro la careta del catolicismo y se proclamó pagano, lo hizo afirmándose a sí mismo mediante el *taurobolium*, rito que, haciendo aspersiones de sangre de toro, pretendía borrar el carácter que imprime el bautismo. En realidad, no hacía más que seguir las directrices que le había inculcado el infame eunuco Mardonio impulsándole al neoplatonismo, a los discursos de Libanio y a las lecciones de Máximo de Éfeso. Como es sabido, dictó muchas disposiciones contra los cristianos e incluso quiso restaurar el antiguo culto público de Apolo, mandando, como medida previa, trasladar las reliquias de san Bábilas. La gente se agolpó ante el palacio imperial cantando el salmo 96: «Confundantur omnes qui adorant sculptilia et qui gloriantur in simulacris suis»; el salmo 113: «Simulacra gentium argentum et aurum...». Juliano se puso pálido de rabia y, rompiendo un vaso que sostenía entre las manos, juró vengarse. Lo primero que dispuso fue que se azotara allá mismo a la matrona Pubila y a las vírgenes que andaban por la calle cantando los salmos de protesta.

Luego retiróse a sus habitaciones y después de escribir un párrafo de su obra *Galileas*, en la que desplegaba su refutación de san Cirilo, recibió al eunuco Mardonio, el cual le propuso la restauración –para corromper a los cristianos– de las calendas de Enero, fiestas licenciosas, ya criticadas por Tertuliano en el siglo II. Accedió a ello Juliano, pero san Atanasio, que había vuelto del destierro, contraatacó eficazmente:

Esa loca impiedad que observa los días, se une a los augures, y se persuade de que si la nueva luna de enero se pasa en la alegría, la abundancia y la malicia, debe asemejársele todo el resto del año. Se encienden fuegos en las plazas públicas, se adornan de coronas las puertas de las casas. ¡Pompas del diablo, insensatas puerilidades! (Homilía XXIII, «In eas qui novilunia observant».)

Asimismo, Prudencio nos ha dejado un elocuente alegato contra estas fiestas que algunos cristianos del siglo IV celebraban para honrar, mediante la observación de los auspicios y con disolutos festines, las calendas del mes de Jano, y deplora «una censurable tradición restaurada que, partiendo de los antepasados, llega a sus últimos descendientes, cuyos irreflexivos corazones no saben romper la cadena de una superstición ya caducada». («Contra Symmach», I, 1, vers. 136 seqq.):

...Jano etiam celebri de mense litatur  
auspiciis epulisque sacris, quas inveterato,



heu miseri! Sub honore agitant, et gaudia ducunt  
festa kalendarum...

Las censuras y el fracaso de la política de Juliano el Apóstata sumieron a éste en una ira sorda y asesina, haciéndole temblar las mejillas de indignación cada vez que se enteraba de un triunfo cristiano. Mardonio le propuso entonces utilizar la Strigiles, planta maldita que se criaba en las tierras donde cayó el maná, como venganza del diablo al éxodo de los israelitas. Esta planta mágica, parecida a una gran ortiga, y como ella provista de lacerantes espinas, localizaba a los enemigos de su dueño y los mataba sin compasión. Con la Strigiles suprimió Juliano a los cristianos Macedonio, Teódulo y Taciano, no haciendo más víctimas a causa de su propia muerte, acaecida frente a los persas el año 363.



Dícese de Juliano el Apóstata que cayó exclamando: «¡Venciste, Galileo!».

La Strigiles volvió a usarse años más tarde en controversias religiosas, pues aunque Eutropio, el chambelán (asimismo eunuco) de Arcadio, pudo conseguir la elección de Crisóstomo como obispo de la nueva Roma, la crítica abierta del gran moralista ofendió a la emperatriz Eudoxia y a la corte. Eudoxia entonces mandó una Strigiles contra Eutropio y éste apareció una mañana desplomado sobre la mesa del comedor, víctima de horribles mutilaciones. Murió en actitud de orar, las manos hacia el cielo y el rostro vuelto al Oriente.

La Historia no registra más apariciones de la Strigiles utilizada como arma de Estado. La última referencia que tenemos de ella la encontramos en el siglo XIX, y hace alusión a la despiadada guerra que, a partir del año 1886, tuvo lugar entre dos magos eminentes. Stanislas de Guaita (jefe de los Rosacruces) y el ex abate, o abate renegado, Joseph-Antoine Boullan (jefe de los Satanistas), que vivía en concubinage con una ex monja llamada Adela Chevalier. El marqués de Guaita trataba a su enemigo de «pontife d'infamie, basse idole de la Sodome mystique, goétien de la pire espèce, homme misérable et criminel, sorcier et fauteur d'une secte immonde», declarando que el sistema de Boullan conducía: 1.º, a la promiscuidad sin límites, a la ambigüedad del impudor; 2.º, al adulterio, al incesto, a la bestialidad; 3.º, al incubismo y al onanismo erigido en actos inherentes al culto, en actos meritorios y sacramentales.



A partir de entonces, se declaró lo que se ha llamado «la guerra de los magos», y Boullan fue declarado culpable por un Tribunal de Iniciados. Se notificó el fallo a Boullan, y éste comprendió que su sentencia de muerte sería ejecutada por procedimientos mágicos. Entonces contraatacó, lanzó maleficios y conjuros, hizo lo que pudo para defenderse, ayudado por J. K. Huysmans, que le consideraba un santo.

La guerra duró varios años, en el transcurso de los cuales a Boullan se le aparecieron fantasmas y le

ocurrieron cosas terribles. Lo que más le inquietaba era encontrar espinas como de ortiga entre los pliegues de su ropa interior, sobre todo en los calzoncillos, y muchas veces éstas se clavaban impensada y dolorosamente en la carne de sus partes delicadas. La situación fue empeorando, y llegó a encontrar espinas incluso en la comida. Un día, Boullan falleció dando grandes gritos e intentando sacarse inútilmente un collar de Strigiles que le rodeaba con ferocidad el cuello. Sobre su lápida funeraria se grabó lo siguiente:

J.A. BOULLAN  
NOBLE VICTIME

Manos piadosas cuidaron al principio de su tumba. Luego, el tiempo la agrietó y corrió la voz que, desde una de sus grietas, surgía la terrible Strigiles. Sin embargo, no es seguro, y toda esta apasionante cuestión ha caído ya irremisiblemente en la más profunda noche del olvido.

## LAS HABAS

Siempre han tenido mala reputación las habas, y aunque Diógenes Laercio nos dice que Aristóteles escribió un tratado sobre ellas, lo cierto es que ya la diosa Ceres las excluyó de entre los ricos productos de la agricultura. Pitágoras, que era un vegetariano furibundo y cascarrabias, afirmaba que las habas tenían sangre y pertenecían por lo tanto al reino animal. Esto le costó la vida, pues un día, cuando era perseguido por sus enemigos, no quiso atravesar, en su desenfadada carrera, un plantío de habas por no pisar a estos enigmáticos seres con sangre, y se dispuso a dar un rodeo. Pero lo alcanzaron y lo asesinaron miserablemente junto a las habas.

En Roma, éstas eran miradas con muy malos ojos, y no se podía tocarlas ni nombrarlas siquiera. Dícese que los «lemures», o sombras vagabundas impías, arrojaban por las noches puñados de habas dentro de las casas al objeto de acarrear el infortunio y la desgracia a sus moradores. Tuvieron, no obstante, una función política, pues las votaciones para decidir un asunto se hacían con habas blancas y habas negras. Hay lugares en que era y es costumbre encender hogueras de San Juan en campos de habas para que éstas maduren

pronto. En la España de Cervantes, también se hacía así; y las mozas se ponían en la ventana con el pelo suelto y un pie dentro de un balde de agua, atento el oído al primer nombre de varón, pues éste sería el soñado marido:

Yo, por seguir mi intento,  
los cabellos doy al viento,  
y el pie izquierdo a una bacía  
llena de agua clara y fría,  
y el oído al aire atento.

Las habas han tenido una importancia decisiva en el celebrado Gateau du Roi, y M. Cheruel escribe que, en Francia, era costumbre, desde tiempo inmemorial y por una tradición que se remontaba hasta las saturnales de los romanos, servir, la víspera de Reyes, una torta en la cual se encerraba un haba, que designaba al rey del festín. La torta de Reyes se comía en familia, y era ocasión de estrechar los afectos domésticos. Las Memorias de madame de Motteville afirman que sacábase la torta de Reyes incluso en la mesa de Luis XIV.

Esta noche –escribe– la reina nos dispensó el honor de enviarnos una torta a madame de Bregy, a mi hermana y a mí: la partimos y bebimos a la salud con el hipocrás que nos hizo traer. Otro día, para divertir al rey, la reina quiso separar una torta, y nos dispensó el honor de hacernos tomar parte con el rey y con ella. La hicimos reina del

haba, porque el haba se encontró en «la parte de la Virgen». Mandó que nos trajeran una botella de hipocrás, que bebimos delante de ella, y le obligamos a beber también un poco. Quisimos satisfacer las extravagantes locuras de aquel día, y gritamos: «¡La reina bebe!».

En Botánica oculta, la decocción del haba (*faba vulgaris*) es buena contra el mal de piedra. El emplasto de su harina resuelve los tumores de las partes sexuales. La harina de habas es excelente, según Paracelso, contra las quemaduras del sol y las escaldaduras producidas en las entrepiernas. Para ello se restriega la parte enferma, durante diez minutos o más, y luego se aplica una compresa de la propia harina. Las flores de esta planta llevan la marca de los infiernos, según la escuela de Pitágoras. Las habas, cogidas a fines de octubre, están bajo los auspicios de Escorpio con Mercurio. El fruto es de Saturno y de la Luna.

En el *Testamentum Fratrum Rosae Aureae Crucis* puede leerse lo siguiente:

Ahora tomad las cenizas de unas habas, o bien las cenizas de un animal, pájaro o lagarto, o bien las cenizas del cadáver en descomposición de un niño; quemadlas al rojo, introducidlas en una vasija grande de cristal, de modo que cubra bien toda la materia y cerrad herméticamente la vasija, que colocaréis en sitio cálido. Al cabo de tres veces veinticuatro horas, la planta aparecerá con

sus flores; el animal o el niño con todos sus miembros, resultados que algunos utilizan para vastos experimentos. Estos seres son, no obstante, criaturas puramente espirituales, ya que al agitar o enfriar la vasija no tardan en desaparecer. Si se deja el recipiente en reposo, vuelven a aparecer, lo cual resulta un espectáculo maravilloso digno de admirarse. Un espectáculo que nos permite asistir a la resurrección de los muertos, y nos muestra cómo todas las cosas de la Naturaleza volverán a tener figura después de la resurrección universal.

Aparte de sus propiedades mágicas, las habas son guiadas divinamente en Cataluña, como casi todo el mundo está dispuesto a reconocer. Hay también un decir: «son habas contadas», y una canción —«Las habas verdes»— muy popular durante la segunda guerra carlista:

Ayer me dijiste que hoy;  
hoy me dices que mañana,  
y mañana me dirás  
que de lo dicho no hay nada.

Como pueden ustedes ver, es ésta una canción desengañada y amarga, de un aplastante pesimismo. Hoy la llamaríamos una canción comprometida.



## EL OLOCANTO

El olocanto es un árbol que anda, de instintos terribles y destructores, muy peligroso, pues ataca especialmente al hombre mediante un agujijón retráctil y veloz de unos tres metros de longitud. Fue descubierto por san Jerónimo, cuando hacía penitencia en el desierto, un día de mucho calor y en el que resultaba una bendición del cielo hallar un poco de sombra, fresca y rumoreante. De la desconocida existencia e imagen del olocanto se ha aprovechado, recientemente, el escritor inglés John Wyndham montando, en su novela *The day of the triffids*, la peregrina y fantástica figura del trífido, planta que vejatoriamente reputa industrial, pero que, no obstante, llega a dominar al mundo. Salimos al paso de esta vulgar invención para restablecer el verdadero origen de esta gran planta o arbusto, cuyo nombre histórico, como hemos dicho, es el de olocanto.

Crónicas bizantinas muy antiguas pretenden que Simón el Mago tenía ya un olocanto para su uso particular, al que llevaba atado al extremo de una pértiga, notablemente más larga que el agujijón del fiero vegetal, y dichas crónicas pretenden que, con él, Simón el Mago tenía amedrentado al emperador Nerón, el cual, el día que, por vez primera, lo vio, tuvo un susto tan grande



que se atragantó con el hueso de una ciruela que estaba comiendo, y ello con tan mala fortuna que casi se ahoga miserablemente a no ser por el médico griego Philotetes, que desobturó rápida y hábilmente la regia garganta. Nerón, que como ustedes saben, además de refinado, era un reprimido sexual –sea esto dicho con la venia del padre Jordi Llimona–, juró vengarse, cuando se terciara, con un lujo delicado y elegante.

Sin embargo, como ya he adelantado al principio fue san Jerónimo quien, por primera vez, se encontró cara a cara con un olocanto que vagaba distraídamente por el desierto de Chalcis, en donde el santo ejercía de anacoreta. La sorpresa fue mutua. El horrible vegetal, que se sustentaba sobre tres raíces-patas y andaba con un movimiento de vaivén –hacia atrás y hacia delante– verdaderamente abominable, se detuvo, y algo debió prevenirle de la excepcional condición del santo, pues

se arrastró humildísimo a sus pies. Jerónimo le alargó un cuenco de leche de camella, que fue ingurgitado con precipitada delectación, tras lo cual el olocanto desapareció velozmente más allá de una colina, después de hacer tres corteses reverencias. A san Jerónimo le dio mucho que pensar esta extraña aparición, y quedó marcado por ella toda su vida, como es posible observar en la *Altercatio Luciferiani et Orthodoxi* y, sobre todo, en su polémica con Rufino a propósito de Orígenes, traducida en su *De Principiis* y en la célebre y vehemente carta que dirigió a Rufino tratándole de mentiroso, doblado, perjuro y aun hereje.

Por las noticias que tenemos, el olocanto se dirigió después a Antioquía, lugar donde realizó una espeluznante matanza con su mortífero agujón. Los eruditos estiman que es a esta catástrofe a la que se refiere el poeta Meropius Pontius Paulinus, más conocido por Paulino de Nola, cuando escribe:

Ecce repente mis estrepitum pro postibus audit  
et pulsas resonare fores, quo territus amens  
exclamat, rursum sibi fures adfore credens...  
ser nullo fine manebat  
liminibus sonitus...

Parece ser que muchos magos malvados han utilizado el olocanto para fines execrables, como lo son los asesinatos a mansalva, provocar la locura frenética, etcétera. Lo cierto es que el olocanto aparece muy de tarde en tarde, o lo máximo en grupos de tres, y en sitios muy



distantes unos de otros. Apenas se sabe nada de su naturaleza, salvo que le gusta la música y, modernamente, el fútbol, pues en 1932 se vio surgir, por encima de las graderías del estadio San Siro de Milán, la cresta de un olocanto, mientras se celebraba el encuentro entre el Arsenal de Londres y el Inter. La policía lo buscó y lo rebuscó sin resultado alguno, y la prensa internacional criticó duramente a las autoridades fascistas, cuya falta de previsión y diligencia había estado a punto de provocar una hecatombe. Sin duda, el olocanto se disimuló en un jardín o un parque público, mientras pasaban las patrullas de policía, bomberos, camisas negras y «balillas»

entonando épicamente la giovinezza, en espera de que llegara la noche para salir al campo.

Aparte de las salidas históricas del olocanto (hundimiento del Imperio de Occidente, el saco de Roma por Carlos V, derrota de Napoleón en Waterloo, etcétera), hace unos días se ha señalado su presencia en París, a raíz de las huelgas revolucionarias. Su espantable imagen se localizó en los barrios de Menilmontant y en Saint Germain des Prés, sin duda dispuesto a todo. Las desgracias pudieron evitarse merced a la reacción conjunta de los estudiantes y las fuerzas del orden —único momento de colaboración—, lo cual puso en fuga a los árboles asesinos. Por cierto que uno de ellos, al parecer de carácter melancólico y sensible, fue hallado en el vestíbulo del cine Boul-Mich cuando contemplaba los procaces fotogramas de una película muy sexy japonesa. Se produjo entonces una gran confusión, debido a la cual el olocanto pudo huir disfrazado de policía. Hay quien asegura que incluso se apoderó de un coche celular, lanzándose vertiginosamente a través de las barricadas. Si ello es cierto, tendremos una prueba de que el olocanto, además de peligroso, es un ser dotado de una alarmante y superior inteligencia.

## LA HIGUERA

El poeta Bartrina, que era hombre dado a la grandiosidad de los silogismos, se puso un día a pensar con potente inspiración. El resultado fueron unos versos cuya engañosa sencillez turbaba y turba, aún hoy día, nuestro pudor más íntimo. El poeta se preguntaba:

¿Qué escándalo ha precedido  
a la invención del vestido?

Metafísicamente hablando, el tema es profundo. Sin embargo, la gente con espíritu historicista nos dirá que, ya desde niños, la historia sagrada nos ha informado sobre las circunstancias de tal escándalo. Lo cierto es que el criterio erudito más divulgado afirma que las desnudeces diabólicas —perspicazmente entrevistadas por Bartrina— fueron cubiertas con hojas de higuera y, sólo más tarde, con las de la vid. Así lo atestiguan, aparte de las fuentes literarias y desde los tiempos más remotos, las esculturas que están en los museos y las pinturas de los grandes palacios, aunque algunas veces haya tenido que aplicarse la censura en ellos, como en el caso de los frescos de Miguel Ángel en



la Capilla Sixtina, que fueron adecentados, según órdenes recibidas del Papa Paulo IV, por el pintor Daniello Ricciarelli, llamado *Il Braguettone* (el pantalonero). Otros casos ha habido, tal el del duque de La Rochefoucauld, a la sazón director de Bellas Artes, que mandó poner calzoncillos de latón y hojas de higuera «de bronce» a los desnudos de su museo, o el caso de la duquesa de Castries, que hacía decir misas dos veces por semana en Saint-Germain l'Auxerrois «para que el fuego del cielo consumiera los cuadros del Louvre, y sobre todo las desnudeces que sobresaltan la moral». Como se ve, a esta señora no le bastaban las hojas de higuera, ni las de viña, ni las camisetas de estuco, ni los calzoncillos de bronce, ni nada. Su criterio era un criterio cerrado e intransigente, triunfalista.

La higuera, aparte de estos usos, es muy reputada por los higos, es decir, por sus frutos. Los higos son considerados como el alimento por excelencia, y no sólo eso, sino como el primer alimento, cronológicamente hablando, pues su invención es atribuida a Baco, el dios del vino y la alegría. Carlos Mendoza, inefable autor de *La leyenda de las plantas*, nos dice que «sin duda por el carácter alegrillo de la higuera, empleábase su madera para tabla de ciertos semidioses *non sanctos*». Esto no quiere decir, según el mismo autor, que no se hayan construido también santos de higuera, como lo prueba aquel irreverente y apostrofófico cantar:

Santo que fuiste higuera,  
yo de tus hijos comí;  
los milagros que tú hagas  
que me los planten aquí.

La higuera estaba consagrada a Hermes y a Juno, y protegía los casamientos, razón por la cual una de las ceremonias nupciales consistía en ofrecer higos puestos en una copa. Un detalle importante es que Rómulo y Remo fueron amamantados por la loba, precisamente bajo una higuera. Sin embargo, hay lugares en que la higuera es mirada con malos ojos, creyéndose que es visitada por el diablo, codicioso de sus frutos. En Sicilia es tenida por maldita, se ve un diablo en cada una de sus hojas, y se invoca: